

9-58

RECUERDOS DE UNA VISITA

Á LA

COLONIA ESCOLAR

FUNDADA POR

D. ANDRÉS MANJÓN

CATEDRÁTICO DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
Y CANÓNIGO DEL SACRO-MONTE

—•—

Relato hecho en el Ateneo de Madrid
en sesión dedicada á propagar las fundaciones de Manjón,
y publicado por « La Escuela Moderna ».



MADRID
IMPRENTA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle de Quintana, núm. 33.

13

1899

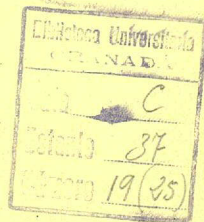
RECIBO DE UNA VISITA

A LA

COLONIA ESCOLAR

FUNDADA POR

D. ANDRÉS MANJÓN



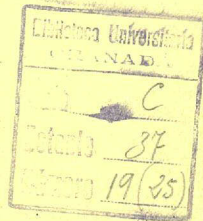
RECUERDOS DE UNA VISITA

Á LA

COLONIA ESCOLAR

FUNDADA POR

D. ANDRÉS MANJÓN



R 29178

RECUERDOS DE UNA VISITA

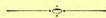
Á LA

COLONIA ESCOLAR

FUNDADA POR

D. ANDRÉS MANJÓN

CATEDRÁTICO DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
Y CANÓNIGO DEL SACRO-MONTE



Relato hecho en el Ateneo de Madrid
en sesión dedicada á propagar las fundaciones de Manjón,
y publicado por « La Escuela Moderna ».



MADRID
IMPRENTA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle de Quintana, núm. 33.

1899

6708

RECUERDOS DE UNA VISITA

Á LAS

ESCUELAS FUNDADAS POR D. ANDRÉS MANJÓN

EN EL SACRO-MONTE DE GRANADA

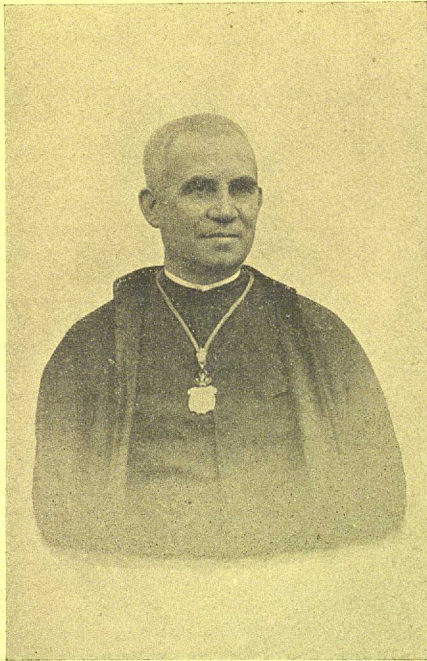
En toda sociedad bien organizada hay tribunales de justicia para esclarecer los hechos criminosos y castigarlos. ¿Por qué no habría de haber algo semejante para descubrir y premiar las buenas obras? Pues ese algo es lo que esta noche realiza el Ateneo : allá, en Granada, D. Andrés Manjón ejecuta actos que exceden por su bondad á lo que la ley más rigurosamente interpretada puede exigir al ciudadano; aquí, en Madrid, un alma generosa, polizonte del bien, *incoa el proceso* cuya vista solemne celebramos; un sabio ilustre, el Dr. Cajal, acaba de presentar al *proceso* como Catedrático distinguido, Canónigo del Sacro-Monte, publicista. Sacerdote ejemplar y, sobre todo, como pedagogo y modelo de los hombres que España necesita para su regeneración; otro maestro en Medicina y en saber amar nuestras grandezas pasadas y presentes, D. Benito Hernando, iniciador y á la vez *relator* de esta causa, os habrá hecho sentir y pensar con los párrafos sublimes de las Memorias de Manjón que acaba de leernos; y vosotros, representantes de la cultura nacional, sois el jurado que dictará sentencia, á la vez que empezareis acaso á ejecutarla concediendo vuestra simpatía, vuestro apoyo y aun vuestras limosnas á la hermosa obra que juzgáis.

Mi papel en esta *causa* es sólo el de testigo, y prometo cumplirlo fiel y verazmente, relatando cuanto recuerdo de mi visita á las Escuelas fundadas por D. Andrés Manjón.

*
*
*



Para quien conozca la ciudad de Granada, es innecesario describir el delicioso valle que con razón llamaron del Paraíso los poetas; y para los que no hayan tenido la fortuna de visitar la ciudad morisca, sería pálida toda descripción, porque la realidad supera cuanto la imaginación más fecunda pudiera concebir.



DON ANDRÉS MANJÓN.

Habrán, pues, de contentarse con saber que á unos dos kilómetros del centro de la ciudad, hacia Levante, cuando aun no se halla el Darro aprisionado por los puentes y bóvedas que lo ocultan, al par que lo envilecen, y contra los que suele protestar rompiendo trabas é inundando calles, se desliza el río por el

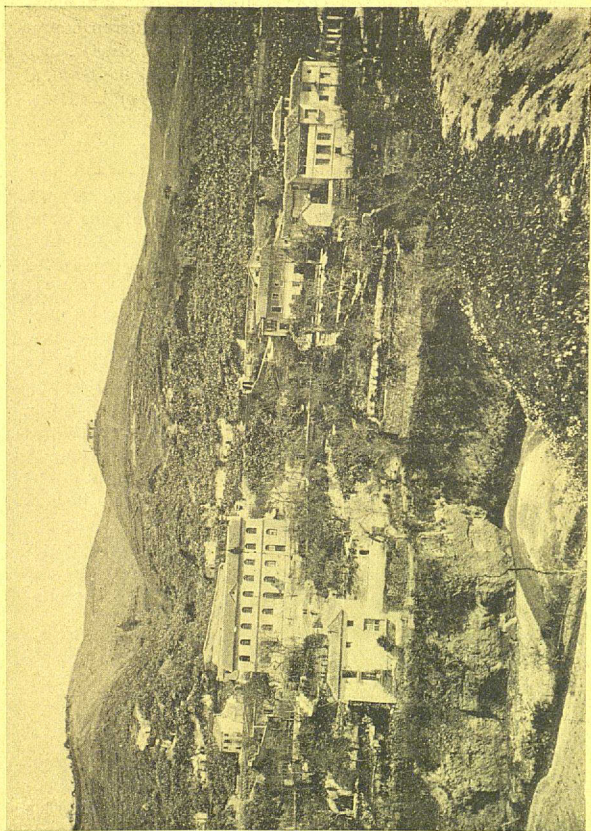
fondo de tenebrosa grieta labrada en el terreno por el roer continuo de las aguas durante muchos siglos. Lo estrecho y tortuoso de la sima, los hondos socavones en que forma remansos silenciosos la corriente, el túnel de verdura que en lo alto construyen los árboles y arbustos, inclinados como si fueran á precipitarse en el abismo, luces filtradas, rumores misteriosos, todo concurre á dar la sombría grandeza de un paisaje dantesco, al que se contempla con el ánimo absorto y encogido en las famosas Angosturas del río Darro.

Pero saliendo de ellas, ¡cuánta luz, cuánto cielo, cuánta dulzura y serenidad en el ambiente! Á la izquierda, apretado bosque de avellanos y alamedas frondosas, escala el monte, en cuya cima, cercado de jardines, destaca airoso el Generalife sus blancas y caladas galerías; á la derecha, las casitas de los cármenes, medio escondidas entre los árboles frutales, aparecen sembradas hasta la mitad de la ladera; encima se delinea el camino del Sacro-Monte y resaltan en negro las ahumadas bocas de las cuevas donde habitan los miseros gitanos; más arriba las pitas y nopales dibujan las sendas y linderos, y allá, en la cumbre, los pardos muros de la ilustre abadía señalan el lugar en que reciben culto las venerandas reliquias del apóstol y mártir San Cecilio. Allí el artista ve colmadas sus ansias de belleza; el historiador contempla frente á frente monumentos que simbolizan las dos civilizaciones en que se condensa nuestra historia; el antropólogo medita en los orígenes y destinos de la raza gitana, y cuando de las enramadas surgen voces infantiles, atenuadas por la distancia y poetizadas por el sitio y el misterio, que entonan cantos patrióticos ó religiosos, el sociólogo piensa en que allí ha establecido Manjón su admirable taller para formar los ciudadanos y regenerar los pueblos.

*
* *

Por aquellos parajes deliciosos iba yo una mañana de Junio, hace dos años, con objeto de visitar la colonia escolar que ya conocía por referencias, pero de la que ignoraba con exactitud las señas. Buscando á quien preguntarlas reparé en dos chicos que, delante de mí, seguían también el camino del Sacro-Monte, y acaso iban ya á las Escuelas á pesar de lo temprano de la hora. Los examiné curiosamente antes de interrogarlos; eran dos tí-

pos muy distintos : el uno de diez ó doce años, espigadillo, de cabello claro y azules ojos, parecía tímido y de pocas palabras; el



Situación que ocupan las escuelas de D. Andrés Manjón.

otro, más pequeño en edad y en estatura, morenillo, vivió de ojos y más vivo aún de movimientos, contrastaba por su incansable

locuacidad y su inquietud de ardilla con el tranquilo continente de su grave y silencioso compañero.

Al emparejar con los muchachos y preguntar al mayor por las Escuelas, vi con grata sorpresa que los dos se quitaron respectivamente sus boinas; y no extrañe el que tal rasgo de urbanidad me sorprendiera, pues no hace muchos años todavía que, en aquellos parajes, solía correr el forastero riesgo de sufrir bur-las, injurias y tal vez alguna peladilla al trabar relaciones con la turba menuda de pequeños salvajes que, dueños del camino, exigían al transeunte exótico el tributo de limosnas, siempre forzadas y nunca agradecidas. Satisfizo el menor de los chicue-los mis preguntas, y con verbosidad llena de gracia y de oficiosa cortesía se ofreció en nombre de los dos á acompañarme para vi-sitar la Escuela. Acepté gustoso y empecé desde luego la infor-mación que deseaba, manifestando á los chicos mi extrañeza de que á las seis de la mañana fueran ya á dar sus clases; pero el travieso chiquitín me interrumpió diciendo :

— ¡Que es temprano dice usted! Pues ya estarán allí casi to-dos los chiquillos y ya estaría yo también hace un rato si no hubiera esperado á este posma para ir juntos; pero no crea us-ted que vamos á clase; vamos á jugar, y jugando nos pasamos el día hasta que se pone el sol por San Nicolás, y si á mano viene. D. Andrés deja que se quede por la noche en el carmen alguno que otro que no tiene casa ni familia; porque, como él dice, me-jor se duerme en un rincón bajo techado y entre gentes honra-das, que en los escalones del Campillo, entre granujas y expues-to á que le cojan por vago los *rondines*.

Lo de pasar el día jugando me pareció exageración, y como barruntaba en eso de los juegos todo un sistema pedagógico, interrogué al muchacho acerca de ello, pero quedé en la duda, pues contestó en seguida :

— ¿Que á qué jugamos? Pues á lo que cae: jugamos á las es-quinas, al salto de la muerte, á coger la cereza, á moros y cris-tianos, á soldados, á comidas y á otras muchas cosas. También te-nemos algunos *raticos* de lección, pero en clase no entramos más que para escribir, y dice D. Andrés que si no rompíeramos tanto la ropa, nos pondría más tiempo á hacer cosas con la tierra.

— Mas para venir á la Escuela tan temprano—dije yo—tendréis que vivir cerca; porque si no, entre ir á comer á vuestras casas y volver por la tarde, perderéis mucho tiempo.

— ¡Quí! ;no, señor! ¿Pues no le digo á usted que casi nin-gún niño vuelve á su casa hasta la noche? El que puede se lleva



su merienda : mire usted aquí la mía; con este pedazo de pan hay para dos, porque como hay muchos que no tienen que comer. D. Andrés les da lo que puede y nos encarga á los que tenemos padres con jornal que llevemos de sobra para partirlo con los amigos. Yo no vivo muy lejos, en el Albaicín; pero aunque pudiera comer en mi casa, me gusta más estar de campo todos los días. Éste, otros dos y yo hacemos rancho y nos divertimos mucho.

—De todas maneras—repliqué—estos sitios se hallan lejos de la ciudad, y en invierno, cuando empiecen las lluvias y los hielos, no podrán concurrir á la Escuela más que los niños que vivan en estos arrabales.

—Vendrán como ahora, porque, como todos somos pobres, no le tememos al barro; y si no, que diga éste si dejará de venir en invierno, y eso que vive en el barrio de San Lázaro y tiene que andar más de una legua entre ida y vuelta.

Salió de su mutismo el aludido, y con un acento que me sorprendió por su energía, dijo como si lo jurara :

— Vendré aunque se hiele hasta el pensamiento; he nacido en la Sierra, andaba por la nieve con *agorrias* ó sin ellas; D. Andrés me ha dado zapatos ahora que es verano, con más razón me los dará para el invierno; y si no tuviera zapatos... también vendría.

— ¡Pues no te ha de dar! — saltó el pequeño. — Zapatos y cuanto necesites te dará D. Andrés; como que le has entrado por el ojo, y eso que eres de los *de libros*; porque ha de saber usted—dijo el hablador volviéndose hacia mí—que éste, tan grandullón y todo como es, *está en los libros todavía*, y... vea usted, vea usted cómo los esconde debajo de la blusa; es que se avergüenza de que, siendo ya tan mayor, está más atrasado que nosotros; pero el *pobretico* no tiene la culpa; demasiado sabe para el poco tiempo que está viniendo á la Escuela. Yo tengo menos años y ya estoy en cuentas, verbos, triángulos y provincias; pero sabía un poquillo de letra cuando vine con D. Andrés, y hace más de un año que no falto á la Escuela ni siquiera un día.

— ¡Y si yo me hubiera criado entre gentes! — exclamó el de los libros con expresión tal de amargura en sus ojos azules y tristonos, que me sentí conmovido;— pero allá en el cortijo, casi no he visto más que zorras y cochinos; gracias que ahora sepa hablar algo más que lo preciso para pedir un cacho de pan; y lo que yo te digo es que, reviento, ó antes de un meshe de escribir á Ujijar por mi mano preguntando si hay noticias de mi padre.

Me interesó mucho el carácter resuelto del muchacho; le pedi su historia, me la contó su entrometido compañero, y pronto supe que aquél se había criado en una cortijada de la Alta Alpujarra, de donde la miseria ó quizás algún otro motivo menos simpático había hecho al padre emigrar en busca de trabajo *al Moro*, como decían los chicos. Quedaron la mujer y el hijo del emigrado en el abandono más completo; viniéronse mendigando hasta Granada, y en ella vivían: la madre, dedicada á las más rudas faenas para ganarse el mísero sustento; y el hijo, luchando heroicamente contra la ignorancia, bajo la dirección y amparo de D. Andrés, que había descubierto, sin duda, el tesoro de bondad y energía que el pobrecillo encerraba debajo de su rústica corteza.

* * *

Y así, en conversación con los dos escolares, y aprendiendo yo en ellos mucho más de lo que nunca pudieran figurarse, llegamos juntos á la puerta de la Colonia ó, mejor dicho, portillo, pues tal parece la humildísima entrada que en la mezquina tapia da paso á los jardines, y que por única señal de su destino ostenta, pintado sobre el muro, un sencillo letrero que dice: AVE MARÍA, más como piadoso saludo al visitante que como título de la grandiosa fundación que allí se ha establecido.

No hallé portero que cerrara el paso; un dependiente de la Colonia que me ofreció sus servicios accedió sin dificultad á mi ruego de que no interrumpiera sus tareas, y acompañado por mis dos amiguitos, recorrí libremente las enramadas y plazuelas del hermoso carmen, poblado ya entonces de muchachos, reparándolo todo y pidiendo de todo explicaciones á los mismos bulliciosos escolares, que me las daban siempre con simpática mezcla de infantil confianza y de respeto.

Una verja que tenía por remates grandes letras de hierro, á la vez que cercaba una parte del terreno evitando caídas por diferencias de nivel, servía para el juego á las esquinas de que me habían hablado en el camino, y unas veces nombrando la letra correspondiente á cada puesto, y otras bautizando éstos con nombres geográficos ó históricos, se logra que los pequeños, al correr de la M á la Z y de la B á la J, aprendan sin trabajo el alfabeto, y que los grandes, cambiándose de Portugal á Rusia y de Grecia á Noruega, se familiaricen con los nombres de las naciones europeas, y hasta conserven para siempre el recuerdo de los

principales personajes de cada una, pues al empezar el juego, cada niño, que prefiere un puesto, recibe temporalmente el nombre de la figura nacional más importante relativo al pueblo representado por el poste de que arranca el jugador en sus carreras, y al que debe volver en los intermedios. Un recitado durante éstos, ampliando las nociones histórico-geográficas adquiridas sin trabajo, en medio de la bulla y algazara, completan la instrucción de los muchachos, que atienden sin esfuerzo, por hallarse cansados del trajín y por considerarse muchas veces aludidos cuando el Profesor refiere algunos hechos del personaje que cada uno representa.

Cerca de allí disputaban también de Geografía unos cuantos muchachos que, sin saberlo, repasaban sin libros sus lecciones, á la vez que jugaban al salto del carnero ó de la muerte. Uno de ellos, doblado por la cintura, ofrecía el dorso como barrera; los demás en fila, habían de saltarla por turno; el primero decía el nombre de un país y el que llegaba corriendo á dar el salto tenía que decir el nombre de la capital, sin detenerse; una equivocación ó un retraso en contestar redimían de su incómoda postura al que hizo la pregunta, y pasaba á sustituirle el que no supo contestarla bien ó á tiempo. Solía ocurrir que por malicia ó ignorancia disputaban algunos sobre la exactitud de las respuestas; pero nunca faltaba algún jugador bien reputado que autoritariamente resolvía las dudas añadiendo detalles y noticias para aumentar su crédito y confirmar su superioridad en materias geográficas. Supe después que el mismo juego sirve para repetir la tabla de multiplicar, fechas históricas, conjugaciones y otros asuntos adaptables al sistema de preguntas y respuestas rapidísimas.

En una pila rústica de piedra, con agua corriente, cristalina y fresca, se sucedían los niños, mojóndose con deleite los brazos y la cabeza y hasta el cuerpo entero, pues bromeando unos con otros y echándose mutuamente el agua á manotadas, solía ocurrir que terminara en baño lo que empezó en ablución. Allí era, según dijo mi pequeño guía, donde jugaba D. Andrés á las cerezas con los niños sucios, y especialmente con los gruñudos gitanillos. Consiste el juego en arrojar cerezas al fondo de la pila y sacarlas los chicos con la boca, teniendo las manos á la espalda; sumergen para ello toda la cabeza, hociquean en el agua para coger la fruta; salen bien remojados, chorreando; se frotan y restriegan por sacudirse pronto y secarse mejor al aire libre, y, empezando por juego y por codicia, acaban por adquirir hábi-

de aseo y gusto por el cuidado personal y la limpieza. ¡Verdadero milagro pedagógico el de hacer pulcro á un gitano!

Llamaron mi atención unos silbidos que en notas graves y agudas, alternadas, y formando series con extraño ritmo, parecían responderse desde puntos distantes é invisibles: eran ejercicios prácticos de un sistema especial de comunicaciones por medio de un alfabeto en que cada combinación de las dos notas representa una letra, y que también se adapta por medio de banderas desiguales á la instalación de un telégrafo óptico sencillo, como el que, según dijeron, funcionaba entre la abadía del Sacro-Monte y la Colonia.

Un muchacho se encaramaba por un árbol para limpiarlo de las orugas que, gracias á su gran vigilancia y buena vista, había descubierto entre las hojas; otros regaban con esmero varias plantas y arbustos del jardín, y á un chico haragán y descuidado le increpaban duramente sus amigos porque dejaba secar las matas que pusieron á su cargo. En los cármenes escolares cada vegetal tiene su infantil protector, que lo cuida con esmero, lo ama y defiende como á cosa propia, lo examina diariamente siguiendo con vivo interés su desarrollo, y lo suele exhibir enavencido cuando resalta por su hermosura y lozanía. Así aprenden los niños, sin libros ni fatiga, Botánica y Agricultura, y llegan á comprender las bellezas naturales, despertándose en ellos el sentimiento artístico.

Incrustadas en los rústicos muros que sostienen y afirman los cuadros del terreno vi muchas losas de mármol blanco, que acaso fueron antes mesas de algún café: son los encerados de aquella Escuela á cielo descubierto. Aun se reconocían en varias losas, trazados con carbón, problemas de Geometría, cálculos aritméticos y toscos dibujos, algunos intencionados y grotescos; pero entre muestras tan diversas de las tareas é inclinaciones de tantos escolares, reparé con gusto en que ni por casualidad había palabras ó dibujos obscenos ó injuriosos. Un niño me preguntó la hora para comprobar las líneas que, por encargo del Maestro, tenía que trazar en una de las piedras destinada á ensayos para la construcción de relojes de sol, y, por los comentarios de los allí presentes, comprendí que no les era del todo desconocida la marcha de los astros ni la constitución de nuestro sistema planetario.

Pero lo que más me interesó de cuanto llevaba visto fué la magna obra que un grupo de escolares realizaba al empedrar una plazuela, reproduciendo los contornos de un gran mapa de

España. Los más pequeños escogían las piedras y las clasificaban según sus formas, colores y tamaños; otros trazaban las sinuosidades del litoral de Cataluña copiando con la fidelidad posible la silueta, pintada en un cartón, que les servía de modelo; varios iban rellenando con piedras diferentes la tierra y el mar en las regiones cuyo trazado había sido aprobado ya sin duda por los directores de la obra, y todos alternaban en los trabajos, discutían su exactitud é ilustraban las cuestiones con las noticias y juicios personales que tenían ó formaban sobre ellas. Nadie estaba inactivo; la Geografía entera de España andaba de boca en boca, un tanto corrompida á veces y con algún que otro error nada pequeño, pero siempre corregida en forma y fondo por alguno de aquellos Aristarcos en agraz, pues jamás perdonaban los errores ajenos que estuvieran al alcance de su propia ciencia. Y como por menguada que fuera la de cada uno, era estimable la que reunían entre todos, resultaba de aquella confusión aparente una instrucción mutua tan eficaz y positiva, que de seguro al concluir la obra, que era por cierto de bastantes días, á juzgar por lo poco que adelantó á mi vista, saldría sabiendo cada uno por lo menos tanto como al empezar supieran entre todos.

Y no era sólo esto: allí ejercitaban la observación, la comparación de proporciones, la estimación de las distancias y hasta el razonamiento, discuriendo sobre las más altas cuestiones de política, pues ante mí trataron de una, digna del Ateneo. Véase cómo se produjo:

Reprochaba uno de los mirones que las piedras representativas de Barcelona y Tarragona estaban entre sí más separadas que lo correspondiente á los puntos respectivos del modelo, y en el prolijo examen del asunto que con este motivo hicieron varios, cayeron en la cuenta de que si había de mantenerse la escala de ampliación hasta entonces seguida, no era posible representar completas las islas Baleares, por falta de terreno. El conflicto era grave, y hubo diversidad de pareceres: unos querían prescindir de las islas porque, estando separadas del continente, no formaban en realidad parte de España; otros preferían sacrificar la escala y representarlas, aunque fueran muy chiquitas y pegadas á la costa Levantina, y alguno apuntó con timidez la idea de que podrían ponerse en cualquier rincón del mapa encerradas en un marquito propio. Se acaloró la discusión y, aferrados á su parecer los que seguían el criterio topográfico, llevaban trazas de prevalecer en la contienda y de segregar las islas Baleares del

territorio nacional, cuando desde lo alto de un ribazo un político de catorce años intervino resueltamente en el debate diciendo con imperiosa autoridad:

— Hay que poner las Baleares á todo trance, quepan ó no quepan, porque son parte de España, lo mismo que Granada ó Madrid; y no importa que sean islas, porque también lo son la Habana y Manila, que están muy lejos, y todo el mundo sabe que pertenecen á España; y por eso, porque son nuestras, están peleando en aquellas tierras mi hermano y otros muchos conocidos, para que no se las lleven unos negros muy feos que por allí se crían; y no hay que hablar más sobre esto, porque está claro como el sol que donde están los españoles es de España.

Mi amigo alpujarreño dijo entonces:

— Pues también el Moro será España, porque allí están mi padre y otros muchos.

— Como ser nuestro el Moro, todavía no lo es; pero si dan en ir muchos españoles por allá, lo será muy pronto — replicó sin turbarse el pequeño definidor de las nacionalidades.

Y como en aquel momento me avisaron que estaba D. Andrés Marjón en la Colonia, corrí á su encuentro y me quedé sin saber si al fin decidieron los geógrafos renunciar á la posesión de Baleares, por no tener bastante mar en que ponerlas.

*
**

Renuncio á describir la impresión que me produjo el fundador, y me creo incapaz de trazar su retrato; respeto su humildad, que le induce á dejar en la penumbra su persona, y confío en que el relato de sus obras es su mejor semblanza y le dará el relieve y el nimbo de gloriosa luz que jamás podría darle con sus frases el más apasionado admirador de su virtud y su talento.

Lo saludé al principio algo aturdido, lo seguí después sugestionado por un encantó indefinible de que no se da él cuenta y que cautiva en su favor las voluntades, escuché atentamente las explicaciones que con frases sencillas y en tono familiar me fué dando de cuanto me enseñaba con amabilidad infatigable; mas con ser tanto y tan bueno lo que vi guiado por tan bondadoso *cicerone* y lo que aprendí de maestro tan original y competente, confesaré sin rebozo el fenómeno extraño que en mí observo de que el recuerdo de la primera parte de mi visita á las Escuelas, la que hice sólo y por mi cuenta, se conserva más claro en mi

memoria que el recuerdo de la segun la parte. Acaso la grandeza de la figura moral de D. Andrés Manjón absorbería de tal modo



Grupo de alumnos y Profesores de las Escuelas de D. Andrés Manjón.

mis facultades, que del tiempo que pasé á su lado sólo me queda la impresión vaga de algo inmenso, sublime, inexplicable, pero

muy superior á cuanto yo he sentido jamás junto á ningún otro hombre.

Recuerdo, sin embargo, que recorrimos el carmen ocupado por las niñas, donde las vimos entretenidas en útiles labores, ó repitiendo atentamente sus lecciones; oí sus cantos y una plegaria á la Virgen en que pedían para sus bienhechores, tan tierna y conmovedora, que me hizo humedecer los ojos; revisé algunos diarios escritos por las más adelantadas, en los que me pareció hallar un tesoro para el estudio de la psicología de los niños pobres; visitamos luego las obras del templo-escuela, en cuya extensa nave estaban los parvulillos sentados sobre gruesos maderos, al cuidado de un maestro gitano que los doctrinaba, y tan á gusto de los pequeñuelos, que allí todo era contento y regocijo; pasamos por otros muchos locales y dependencias de que no sabría dar cuenta minuciosa, y al llegar á una explanada bastante grande para lo que la inclinación del terreno consiente en aquellos sitios, nos sentamos como si fuera á darse allí algún espectáculo. En efecto; una corneta tocó llamada á la carrera, y como por encanto cesaron los rumores de análisis gramaticales, cálculos aritméticos, lecturas é interrogatorios emanados de los numerosos corros ó secciones que hacían sus ejercicios escolares en las espesuras, y de cada enramada saltó un enjambre de muchachos que, confluendo á una puertecilla, se perdían por ella para salir por el lado opuesto á los pocos segundos, armados con fusiles de madera y ordenándose en filas con una rapidez que no habrían superado ciertamente soldados veteranos.

En menos de cinco minutos quedó formado el batallón; un coronel minúsculo ordenó maniobras y evoluciones ejecutadas con precisión maravillosa; y lo más curioso era que las voces de mando significaban lecciones prácticas de Geografía, pues hacían que las columnas marcharan hacia Motril ó Alhama, importantes ciudades de la provincia de Granada, ó que las formaciones dieran frente á Madrid, Portugal ó hacia alguno de los puntos cardinales. Felicité al pequeño coronel por su pericia y su actitud bizarra, notables sobre todo por recaer aquellas cualidades en un cuerpo menguado y endeblucho, y D. Andrés me hizo notar entonces la fortuna de que así sucediera, pues debiendo el chicuelo el mando, que tan á conciencia desempeñaba, á sus aptitudes y talentos militares, demostrados desde los primeros días y reconocidos por todos sus subordinados, se acostumbraban éstos á la disciplina y á obedecer al más inteligente, y no al más fuerte.

Aun quiso el profundo é ingenioso pedagogo darme otra muestra de sus procedimientos para enseñar los pasajes principales de la historia patria, y me llevó á una parcela del jardín constituida por una línea de pequeños arbustos que trazaba en el suelo un gran mapa de España. Varias piedras blancas y poco salientes correspondían á los lugares de más interés histórico, y otra piedra más alta hacía en el centro el papel de tribuna, pues á ella se subió un muchacho con una larga vara para hacer señales, y empezó á recitar la situación de España en los últimos años del imperio visigótico. Dos tropas de chiquillos se apostaron entretanto dentro y fuera del mapa : unos dispersos por la Península y otros agrupados por la parte de África; pasaron éstos el Estrecho poco á poco á medida que el recitador describía la invasión sarracénica; acudieron los otros hacia el Mediodía para contenerla al mando de un improvisado D. Rodrigo, y al decir el cronista la fecha exacta en que se dió la batalla del Guadalete, trabaron los dos bandos reñida escaramuza, en que, para mayor propiedad, tuvo el rey godo la abnegación de tirarse al suelo para fingirse muerto. Corrieron los cristianos hacia el Norte, apiñáronse en Asturias, apareció un Pelayo, se repitieron las batallas con intermedios de recitados muy nutridos de fechas, nombres y noticias, huyeron los moros siempre que lo exigió la verdad histórica, se indemnizaron luego á las órdenes de un Almanzor, que halló manera de caracterizarse bien con un turbante, y que dirigió con gran acierto muchas y rapidísimas correrías por toda la Península, hubo batallas de Calatañazor y de las Navas, con pastor y todo, y se representaron muy al vivo los principales episodios de la Reconquista hasta la apoteosis final alrededor de la piedra que marcaba el sitio de Granada. Y véase cómo en media hora del juego más divertido que pudo imaginarse, repasaron los chicos la lección de Historia, que sabían sin duda, después de varias representaciones, mucho mejor y con más detalles que algunos de nuestros flamantes Bachilleres.

*
* *

La mañana había pasado mientras tanto; era preciso volver á la ciudad, y aunque todavía quedaba mucho bueno por ver, tuve que resolverme á salir de aquellos jardines encantados, donde con ser tan bella la naturaleza, parecía eclipsada por la sublime grandiosidad de la transformación de un pueblo, que en su espléndido seno se cumplía.

Al despedirme de D. Andrés le pregunté si había cepillo en que depositar una ofrenda modestísima, y contestó con estas palabras tan hermosas :

— Hay cepillo, porque vivimos de limosnas; pero no tan á la vista que parezca una mano tendida con descaro al que visita la Colonia, pues el visitarla, es por sí la limosna que más estimo y agradezco (1).

Quise disculpar la pequeñez de la mía, y me interrumpió diciendo en tono que pudo ser profético :

— De usted no esperan mis niños el dinero, sino la propaganda; de más nos servirá el recuerdo que lleva usted de esta visita que las monedas que nos deja vaciando sus bolsillos: ¡gracias por haber dedicado algunas horas á la infancia ignorante y desvalida, y más gracias todavía por lo que hará en favor de ella cuando tenga ocasión!

¿Será ésta la ocasión prevista por el virtuoso fundador? ¿Resultará tan fecunda como bien intencionada esta sencilla evocación de mis recuerdos, hecha para difundir la noticia de la obra redentora que se está realizando en la Colonia escolar del Sacro-Monte de Granada?

Sea como fuere, estoy satisfecho de haber empezado á cumplir la deuda que conmigo contraje, pues sembrando buenos ejemplos es como se cosechan buenas obras.

FEDERICO OLÓRIZ.

Ateneo de Madrid, 16 de Diciembre de 1898.

(1) Según el balance de 1893, ingresaron durante año y medio donativos para el sostenimiento de la Colonia escolar por valor de 38,031,50 pesetas, y se gastaron 53,051. La diferencia de 15,019,50 pesetas fué satisfecha por D. Andrés Manjón, que no reserva para sí absolutamente nada de lo que gana como Catedrático, Canónigo y autor de libros.

